

El hombre del submarino amarillo

Cuando conocí a Lorenzo, comprendí que el collage es su medio de expresión natural. Esa superposición de pintura e imagen preconcebida que altera el orden habitual de los objetos para que la magia brote desde una nueva contextualización. Lorenzo, con su energía creadora, reubica y confunde los bolígrafos, vasos, cigarros y mecheros de cuantos amigos tenga junto a él en cualquier reunión. El collage inmanente. La existencia como collage improvisado. Eduardo Cirlot, refiriéndose a la simbología del ojo en el arte, reflexionaba sobre la dulzura que adquirió la imaginería pictórica gótica frente a la románica; puedo añadir que ese fenómeno se produjo, tal vez, como consecuencia del antitético concepto de grandiosidad que alentaba la arquitectura catedralicia del gótico, inductora en el creyente de un sentimiento de pequeñez, abrumado ante las nuevas dimensiones con que son alzados los edificios, junto con la alucinación colorista que producían las vidrieras; ambos alardes operaban como taumátúrgicos trasuntos de la omnipotencia divina y del lisérgico paraíso celestial; es decir, la pintura, en aquella baja Edad Media, tomó sobre sí la misión de armonizar ese universo humano al que la ingeniería, en este caso, de cargas y muros, había desterrado hacia la disonancia consigo mismo; en cierto modo, una reacción estética semejante a la que, en mi opinión, articula la poética de Lorenzo Saval.

Frente a un collage de Lorenzo, el espectador debe aceptar un pacto de ironía, tal y como si estuviera sumido en la lectura de una novela fantástica. Saval reacciona ante la prepotencia de una sociedad occidental que ha alcanzado las grandes dosis de tecnificación y deshumanización que la ha conducido, incluso, a no reconocerse a sí misma en sus engendros mecánicos; de ahí, que personajes extraídos de épocas pretéritas, protagonicen una serie de cuadros en que, por ejemplo, la ciudad se derrumba ante el golpe de la posmodernidad, el voyer busca la mirada clásica a través de su óptica de artificio, o el piloto adoctrina el vuelo de los pájaros; escenas cargadas, por tanto, de sonrisas que no derivan hacia el humor negro o hacia un concepto trágico de la existencia. La composición está calculada en cada detalle para que el espectador no se sienta agredido ante esas visiones personales que no son, en ningún modo, escombros oníricos por donde derivan con tanta frecuencia algunos collagistas; la técnica de Saval ha evolucionado en el sentido en que se aproxima a cuantos se acercan a ella y, así, la visión tridimensional de sus últimas creaciones naturaliza la escena ante el receptor, que se relaja como si asistiera a un teatro, o se hubiera asomado a una ventana de ensoñación que no se transmuta en pesadilla, sino en visión amable, donde las texturas y colores de los fondos pictóricos imprimen tranquilidad a las escenas por más terribles que éstas sean. La ironía nace del desengaño.

Pero reducir a un solo camino la obra de Lorenzo Saval sería absurdo e incoherente, cuando hemos comenzado este breve artículo, calificándolo como una personalidad de imaginación feraz y constante. Lorenzo también permite traslucir en su obra, la multiplicidad de mundos hacia donde lo han conducido sus vivencias personales. Los transatlánticos encarnan las agujas de sutura entre dos continentes, la esperanza de unión entre dos órbitas a las que une el mar. En estas composiciones, la tecnología sí funciona al servicio del hombre, para dominar las fuerzas que el destino utiliza como proyectiles. En mitad del oleaje, bajo el cielo gris, rojo o azulado, el buque orgulloso e impasible cruza la eternidad del océano; los peces atados por la cola semejan globos con que juegan los niños, porque la dulzura de saberse permanentemente vinculado al origen permite la inocencia y la felicidad.

Lorenzo Saval alcanzó, hace muchos años, una madurez artística que no cesa en su evolución desde aquellas portadas de *Litoral* que tanto recordaban los juegos que abrían las películas de los Monty Python, hasta estos actuales escenarios con los que

trabaja, nuevas rutas de seda para ese viaje que Lorenzo inició enrolado en la breve tripulación de un submarino amarillo, buceador del sentido que el hombre actual imprime a su existencia. Afortunadamente, Lorenzo Saval embarrancó en nuestra costa.

José Luis González Vera